

Llamados a ser la Iglesia Una

¿Qué grado de diversidad es suficiente?

Reflexiones sobre la unidad y la diversidad doctrinal de la Iglesia hoy.

Minna Hietamäki

En mi trabajo actual como profesor de religión, estoy en una posición privilegiada que me permite encontrar y conversar con muchos jóvenes de diversos orígenes, aunque principalmente cristianos, y sobre todo luteranos. La enseñanza religiosa en Finlandia es obligatoria durante los nueve años de la educación básica, y de dos a cuatro años en el marco de la enseñanza secundaria. La educación religiosa no es de índole “general”, aunque tampoco es “confesional”. La regla general consiste en participar en la educación religiosa organizada en el marco de la propia confesión o religión, pero la enseñanza que se imparte es más de índole académica que catequética. Esto significa que la educación religiosa no se refiere a la “práctica de la religión” sino al estudio y la enseñanza de la religión. Dejando de lado algunas cuestiones que se plantean cuando se separan la “enseñanza” y la “práctica”, deseo señalar un problema específico que he encontrado con mis estudiantes, y que se refiere al tema eclesiológico de esta reunión de Fe y Constitución. Se trata de lo siguiente: la idea de la “unidad” de la Iglesia por lo general carece de significado para mis estudiantes. Después de analizar cuestiones tales como el encuentro con el “otro”, la importancia que tiene trabajar unos con otros por la justicia y la paz, así como de examinar los desafíos que plantean las familias intereclesias y de dar un vistazo a la historia del movimiento ecuménico, los estudiantes me dicen: todo esto es excelente, pero *por qué* debemos estar preocupados por la unidad. El problema no surge sólo a causa de la ignorancia de los jóvenes, sino también debido a su experiencia de la diversidad en la vida cotidiana. Para ellos, la unidad significa uniformidad forzada, pérdida de identidad individual y necesidad de conformarse a algo que les es ajeno. Significa que alguien que está en una posición de autoridad le dice a uno cómo tiene que pensar y comportarse. A partir de estas premisas es muy difícil para ellos entender todo la bulla que se hace en torno a la unidad. Me preguntan: ¿acaso no es interesante que haya gente diferente en el mundo? ¿No tiene cada persona el derecho de pensar y de creer lo que él o ella quiere? ¿Qué tiene el profesor contra la existencia de gente diferente? Teniendo en cuenta las reacciones de mis estudiantes, y el entendimiento de que el objetivo de esta reunión de la Comisión Plenaria de Fe y Constitución es reflexionar sobre la vocación de la Iglesia de ser Una, comienzo a compartir con ustedes mis impresiones sobre la importancia y posibilidad de la unidad de la Iglesia en el día de hoy. Enfocaré la cuestión de la unidad de la Iglesia desde el punto de vista de la diversidad. Para mí, no se trata tanto de saber cuánta diversidad puede tolerar la unidad de la Iglesia, sino cuánta diversidad necesita la unidad de la Iglesia.

Desde el punto de vista histórico, ha sido de la mayor importancia para la Iglesia subrayar su unidad e integridad a través del tiempo y del espacio. El llamamiento a la unidad es explícito en los credos primitivos aunque también en otros textos que precedieron a esos credos. Aunque el deseo de unidad está en el centro del cristianismo, no queda claro el tipo de “unidad” a que se hacía referencia y a que se hace referencia en el día de hoy, incluso en la Iglesia. Es evidente que para algunos “unidad” quiere decir “uniformidad” en el sentido de que uno pueda reconocer que la fe del otro es la misma que uno tiene. O, de forma más sencilla, que se trata de la misma fe. Junto a la firme tendencia a la unidad ha habido, si me permiten decir, una profunda intuición teológica de diversidad, de dinamismo y de vida. El texto *Llamadas a ser la Iglesia Una*, que es uno

de los textos que sirven de inspiración a esta reunión, se basa en esa intuición. En ese texto se señala que la Biblia misma habla del “cuerpo de Cristo cuya interrelacionada diversidad es esencial para su integridad” (parr. 3).

En el mundo contemporáneo, donde estamos en contacto con otras culturas y tradiciones por medio de los periódicos, la televisión e Internet, y en el que no sólo nos enfrentamos con la diversidad cuando viajamos, sino que estamos en contacto con la diversidad en las culturas que existen en el lugar donde vivimos, es muy fácil pensar en la diversidad como una clase de decoración para nuestro deleite estético en la superficie de la Iglesia que es esencialmente Una. Tengo la impresión de que en mi país, una persona medianamente ilustrada intelectualmente que considere la religión de forma más o menos positiva, piensa en general de este modo. Es persona diría que las religiones en general, y las iglesias en particular, tratan de lo mismo y que las diferencias no son nada más que una variedad de configuraciones de “lo mismo”. Pero, si decimos que la Iglesia es “el cuerpo de Cristo cuya interrelacionada diversidad es esencial para su integridad” (parr. 3), este tipo de diversidad decorativa no basta.

Describir la Iglesia como esencialmente diversa, al mismo tiempo que hacemos hincapié en la búsqueda de la unidad nos interpela intelectual y prácticamente a la vez. Nos exige considerar la diversidad con toda seriedad porque lo diverso en ese enfoque es la esencia de la propia unidad.

Es interesante desde el punto de vista intelectual construir y entender conceptos que no desaparezcan pasando a ser un pluralismo no específico, en el que se pierden todos los medios de discernimiento o son demasiado rígidos, sin vida y uniformes. En contextos ecuménicos, la palabra griega *koinonía* se ha utilizado generalmente incorporando aspectos tanto de la unidad esencial en el acto de compartir, como de la diversidad esencial de quienes comparten. En tanto *koinonía* la Iglesia es la multiplicidad de las relaciones más íntimas imaginables. Es posible diferenciar tres tipos de relaciones: intratrinitarias en el ser de Dios, entre Dios y los cristianos (verticales), y entre los cristianos (horizontales). El ser del Dios cristiano es en última instancia una unidad mutua. Es coexistencia en una “unidad en la distinción” y “distinción en la unidad”, un tipo de “unidad diferenciada” en la que ninguna parte pierde su identidad sino que por el contrario refuerza su identidad. Las relaciones en *koinonía* no son intercambiables. Poseen características que no pueden ser transferidas de un contexto a otro. Es decir, ninguna de las relaciones intratrinitarias puede ser substituida por otra en la Trinidad. Desde nuestro punto de vista humano es fácil vivir el carácter único de cada una y de todas nuestras relaciones personales. Las relaciones de *koinonía* suelen seguir un principio de asimetría. Esto significa que permiten una prioridad funcional, lógica u ontológica, o la prioridad respecto de la situación respecto de una de las instancias en la relación sin destruir su unidad mutua.¹ Es la naturaleza específica de las relaciones en una *koinonía* que ha hecho muy apropiada esta palabra para hablar de la Iglesia como una y muchas. Da la impresión de preservar una cierta tensión entre una y muchas en el propio concepto. Nos permite hablar del cristianismo en el que la pluralidad es un rasgo constitutivo, no una decoración para nuestra diversión. Nos ayuda a considerar con seriedad la pluralidad como un rasgo constitutivo que no puede limitarse sin inhibir el acceso a la verdadera identidad del cristianismo².

No es fácil percibir la unidad y la diversidad de la Iglesia como *koinonía*. Incluso las ventajas de la descripción son una interpelación. Una de estas ventajas es que todo lo que pensemos o digamos

¹ George Hunsinger, “Baptism and the Soteriology of Forgiveness”, *International Journal of Systematic Theology* 2, n.º. 3 (200): 249 y George Hunsinger, *Disruptive Grace. Studies in the Theology of Karl Barth* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2000), 258 – 261.

² Cristoph Schwöbel, *Christliche Glaube in Pluralismus. Studien zu einer Theologie der Kultur*. (Tübingen: Mohr Siebeck, 2003), 24-35.

sobre la Iglesia está vinculado esencialmente a cómo somos en relación a otros. Cuando hablamos de la Iglesia no basta hablar. Debemos también vivir en la multitud de relaciones que es la Iglesia. Como está escrito en la primera epístola de Juan: “no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad” (1. Juan 3:18).

La unidad y la diversidad de la Iglesia no pueden separarse de los contextos concretos y de la red de relaciones concretas cuando las relaciones existen. Al igual que en las relaciones de *koinonía* descritas previamente, en situaciones concretas de la vida nos vemos enfrentados con relaciones que son de dependencia mutua, donde la prioridad lógica, o la prioridad en la situación no destruyen la unidad mutua y no son intercambiables. Esto abre el camino hacia la cuestión práctica que se plantea a partir de la descripción de la Iglesia como esencialmente diversa en su unidad. Si no queremos caer en un pluralismo que no sea específico, debemos guardar la posibilidad de decir y de mostrar lo que es verdaderamente cristiano, y lo que no lo es. ¿Pero cómo es posible identificar la “verdadera comunidad cristiana” cuando la unidad de la Iglesia puede ser descrita únicamente por la diversidad que caracteriza el propio ser de Dios y que llega a la variedad de contextos culturales y lingüísticos, y que la esencia de la comunidad reside en relaciones que no son intercambiables?

Desde los comienzos, la enseñanza de la iglesia se utilizó para determinar la autenticidad de una comunidad cristiana. El autoentendimiento de la Iglesia como comunidad distinta estuvo acompañado por la evolución gradual del magisterio. La Iglesia primitiva hacía alusión al consenso, un tipo de acuerdo, como instancia que permite discernir la verdad. Es importante observar que ese discernimiento no tenía lugar sólo mediante el discernimiento de las creencias ortodoxas, sino de un modo más amplio mediante la comprensión del modo ortodoxo de ser cristiano³. El consenso de la Iglesia no fue sólo acerca de la aceptación de las creencias verdaderas. Uno de los primeros principios normativos que se adoptaron para determinar si una comunidad es verdaderamente cristiana fue la regla de la fe.

En nuestro empeño por alcanzar la unidad, que es esencialmente diversa, y teniendo en cuenta la necesidad, en tanto comunidad cristiana, de identificarnos a nosotros mismos como verdaderamente cristianos en medio de la diversidad y, esencialmente, en la diversidad, parece ser altamente pertinente un tipo de regla de la fe. Una regla de fe contiene y se refiere a la vez a la esencia de la enseñanza cristiana sin ser, en sentido estricto, la esencia. El contenido de la regla es algo que ha sido preservado por la Iglesia, algo que aporta coherencia a la Iglesia. Además, la regla de la fe proporciona un medio de identificación. La observación atenta de la regla de la fe entraña una escucha fiel y un “ejercicio” fiel de las prácticas eclesiales y de la doctrina, o sea, identificarse con las reivindicaciones universales de la metanarrativa cristiana, sin apartar nuestro discurso de la variedad de acciones que ejecutamos en la multitud de relaciones que la Iglesia es en tanto comunidad.

Creo que los encuentros ecuménicos nos han enseñado que palabras aisladas o frases fuera de su contexto no son suficientes. Fuera de contexto llegan a ser extrañas y adquieren significados y connotaciones que distorsionan su significado a la vez que son inadecuadas a la nueva situación. Puedo compartir una experiencia personal al respecto. Durante algunos años fui miembro de la comisión del diálogo luterano – metodista en Finlandia. Para redactar el informe final la comisión fue dividida en pares: un luterano y un metodista. Debido a razones prácticas decidimos con mi colega metodista que yo escribiría todo el texto sobre el tema que se nos había asignado, incluyendo las partes “metodistas” del mismo, y que él revisaría el texto para preservar su peculiaridad metodista. La reacción que tuvo de mi colega fue curiosa. En la mayoría de los

³ Paul M. Blowers, “The Regula Fidei and the Narrative Character of Early Christian Faith”, *Pro Ecclesia* VI, n° 2 (1997): 199

casos dijo: lo que dices al principio es correcto, lo que deduces por la mitad es correcto, y lo que dices al final es correcto. Pero no suena como algo correcto. Lo que faltaba era cierto espíritu, cierta forma de argumentar o cierto “sentido” metodistas, que no tenían mucho que ver con el contenido real de las creencias que estábamos examinando. Para decirlo sin ambages, el texto era totalmente correcto pero totalmente inaceptable. A pesar de que el resultado final del proceso de diálogo eran palabras en el papel, un documento de diálogo, lo que aprendí a lo largo de cinco años en los que trabajamos juntos fue que la mayoría de las cosas no se perciben en el propio texto. Aprendí que la manera como hablamos es diferente de la manera como somos Iglesia. Sin embargo, a pesar de la diferencia puedo explicar el otro a mí mismo de tal manera que entiendo mi explicación, aunque la explicación siga siendo extraña para aquél que intento explicar. También aprendí que trabajando con el otro durante años es posible, aunque sea sólo por breves momentos adoptar el modo de ser del otro y apreciarlo. No pienso que hubiera sido posible que preparásemos el texto sin el esfuerzo de adentrarnos nosotros mismos en la manera de pensar y de actuar, de argumentar y de orar del otro, haciéndolo con la plena confianza de que nos estamos perdiendo en la alteridad. Al final, nosotros luteranos seguimos siendo luteranos, y los metodistas siguieron siendo metodistas.

Mi alocución se ha centrado en dos temas: la unidad de la Iglesia como esencialmente diversa y la necesidad de que la forma como describimos y definimos la Iglesia esté inscrita en la forma como vivimos como iglesia. ¿Cuál puede ser la función de la Comisión de Fe y Constitución en todo esto? La Comisión es conocida por sus trabajos en cuestiones doctrinales. Estudiamos el discernimiento moral de la iglesia, investigamos las fuentes de autoridad y examinamos la naturaleza y la misión de la Iglesia. Si bien tenemos que favorecer una manera de ser cristiana que se corresponda con la unidad de la Iglesia que es esencialmente diversa, la atención de Fe y Constitución no debe estar centrada sólo en el producto intelectual final, sino también en el proceso. La dicotomía entre “doctrina teórica” y “vida práctica” no nos ayuda. La viabilidad de lo que decimos depende a la vez de la claridad y de la integridad intelectual de nuestro estudio, así como de las relaciones que entablamos y de la vida que compartimos. Si hemos de ser quienes favorezcan una unidad esencialmente diversificada, no podemos perder ni la claridad intelectual ni la experiencia ni la comprensión del desorden de la vida misma. Como personas que disponen de soluciones intelectualmente estéticas donde cada cosa tiene el lugar correcto y apropiado, nos sentimos tentados a idealizar y descontextualizar. Sin embargo, lo que se dice y lo que se escribe no pueden separarse de la persona que escribe y que dice, ni del contexto, que es la variedad de relaciones que vivimos.

Volviendo a mis estudiantes, que se preguntaban qué tiene el profesor contra personas diferentes, por supuesto, mi respuesta es: nada. Sin embargo, pienso que aún nos queda camino por andar para darnos cuenta de lo extraño de lo desconocido y aprehenderlo como tal. La diferencia no es sólo en aras del placer estético. Al contrario, la diferencia es del tipo que interpela nuestra capacidad de recibir el otro y de hablar unos con otros. La diversidad esencial de la unidad de la Iglesia nos interpela para que lleguemos a lugares más allá de lo conocido, para que actuemos con palabras, lenguaje, acciones y verdad que nos permitan vivir y hablar como una comunidad verdaderamente cristiana. No creo que alguna vez deje de asustarnos y de provocarnos. Pero creo que la Comisión de Fe y Constitución sigue teniendo un papel importante que desempeñar a la hora de coordinar encuentros en los que podamos, aunque sea sólo por un breve período, abrazar y apreciar al otro sin perder nuestra propia identidad, sin dejar de luchar por la claridad intelectual, y sin perder contacto con el desorden de la vida que compartimos como comunidad donde la diversidad es esencial para su integridad.